

TRES GRANDES MENUDENCIAS

Aunque todos en su fondo se vean luego unidos por una idea general y de conjunto, verá el lector que estos exámenes de conciencia van siendo escritos al azar, como fruto que son de un sentir espontáneo. No llevamos ninguna idea preconcebida, ni sus temas han sido puestos en línea para luego ensartarlos con el hilo de un esquema. Aquí se están diciendo las cosas como salen y como son, o sea como no podría hacerlo quien llevara en su dictado una doble y hasta una triple intención. No somos ni hacemos política en el sentido bajo que a veces tiene y se da a esta palabra. Que Dios, y por muchos años, siga librándonos de caer en esa debilidad. Que otros, por desgracia, ya se cuidarán de meternos en ella, aunque no sea más que para dar paso a la fantasía con la que mucha gente, con la más absoluta inconciencia, intenta amargar la vida de los demás en un supremo deseo de alegrar la suya de algún modo y como puede.

Conste, pues, como ello ya no escapa al lector avisado, que con esta serie de reportajes no pretendemos nada más, absolutamente nada más que decir exactamente lo que decimos, y sin que nadie tenga que regalarnos nada en ampliación de un concepto emitido, del mismo modo que tampoco estimaríamos en lo más mínimo que alguien, en plan de favor, se dedicara a la pacífica tarea de paliar nuestras palabras, quitando puntos o añadiendo comas. Que para esta tarea, la de quitar y de poner, nos sobran y nos bastan las prisas del cajista cuando o veces compone, y en otras descompone, nuestros textos.

Y decimos esto para que nadie pueda llamarse a engaño, no solo por lo mucho que ya llevamos dicho, sino porque en el tintero quedan

todavía algunos temas un poco gordiflones y de los que igualmente tendremos que tratar si de verdad queremos hacer un examen completo de una cosa tan delicada como para nosotros ha sido siempre la conciencia.

Repuestas así en su punto las cosas, vamos en el examen de hoy a ocuparnos de unas cuantas frioleras, de esas pequeñeces que no merecen quizás un examen completo, pero que unidas forman todo un caso de conciencia.

Ahí va la primera. — En más de una ocasión ustedes se habrán preguntado qué es lo que pasa con la carretera, que por la costa, debía conducirnos a S'Agaró y que pese a la multitud de años transcurridos sigue no solo sin terminar, si que también sin conducir.

¿Qué pasa? Si nosotros lo supiéramos, por de pronto ahora podríamos echarnos un farol y contárselo a ustedes. Es más. Lo hemos preguntado infinidad de veces y la respuesta, muy trágica, ha sido siempre la misma: que no hay respuesta. Por tanto una sola es la verdad: que nadie sabe nada de nada.

Unos dicen que no hay presupuesto. Esto es una cosa que siempre se dice y que siempre nos hace mucha gracia. Los tributos aumentan, mientras que los presupuestos se nos van encogiendo. Eso del presupuesto no es más que una excusa que dan siempre a uno para que siga tonto y se vaya contento.

Otros, en cambio, dicen que la carretera anda todavía paralizada porque no hay quien desde aquí la mueva yendo en pos del organismo que la empezó y a quien solo compete ahora terminarla.

Nosotros a fuer de sinceros, y sin que nada sepamos, creemos que no se trata específicamente ni de lo uno ni de lo otro. Que hay un poco de todo, eso sí. Por eso hay males que no tienen remedio, porque el doctor y el farmacéutico — y el caso es figurado — no se ponen de acuerdo. ¿Y el paciente, dirán ustedes? Por eso precisamente se le llama paciente. Porque se le supone un señor con mucha cuerda, que de no gustarle el tira y afloja de la cuerda de los demás, ya le dan por lo menos el derecho de morirse. Derecho que en ciertos asuntos el paciente interpreta como deber, sepultándolos en esa gran tumba del olvido que es donde irá a parar, al paso que vamos, esa carretera de anexión a S'Agaró, con permiso de la verdad y puesto que el tiempo no lo impide.

Ahí tienen la segunda. — Otra desidia realmente imperdonable es la de que, y a la altura que en turismo ya estamos, nadie se haya ocupado formalmente de convertir la carretera de nuestra unión con Tossa en una vía conforme a las exigencias de la época.

En todo el litoral no existe otra carretera cornisa de una semejante espectacularidad, puesto que por algo la idea de Costa Brava nació de la contemplación de tan soberbio paisaje y colosales panoramas.

Y precisamente entre las tantas ironías que cuentan en nuestra vida, es éste el único trozo de litoral que nosotros ni el turismo podemos recorrer valiéndonos de los servicios de un transporte ordinario. En este aspecto y también por el del exceso innecesario de sus curvas, amén del de la estrechez que reviste en muchos de los tramos de su recorrido, la Costa Brava aparece dividida en dos porcio-

nes distintas. La Costa Brava, por culpa de la solución de tipo vecinal que se dió a esos veinte y tantos kilómetros de ruta, empieza en Blanes y acaba en Tossa y vuelve a empezar en nuestra ciudad hasta perderse en los mismos confines de Francia. Nuestra felicidad, pues, no puede ser más completa, ya que en lugar de una Costa resulta que tenemos dos. Eso lo escribimos para los que faltos de motivos para resignarse, no tengan que interrumpir su digestión y puedan continuar riéndose de lo que a nosotros nos está haciéndolo muy poca gracia.

¿Quién debe preocuparse del asunto? Por el momento sabemos que nosotros no. ¿Esa gestión ha de venir hecha desde arriba, o bien conviene realizarla desde abajo? Vamos, lo de siempre. La cuestión es preguntar en ganas de tentarnos a nosotros mismos. Además, mientras se pregunta no se hace otra cosa. Y así nos pasamos la vida. Todos sabemos que en una forma u en otra conviene poner cascabel al gato. Pero como somos terriblemente educados, nadie intenta ser el primero, sino que por contra todo el mundo espera ver el guapo que se lo ponga.

Y cerramos con la tercera. — Vamos a ser breves porque el espacio se nos termina. Y esta tercera es una cosa que se llama Campode Deportes. ¡Ya está — dirán algunos — ya volvieron con aquello! Y, efectivamente, lo terrible es tener que volver tantas veces por una misma cosa. Un solo hecho hay de cierto: que antes demostramos poder conseguirlo y que ahora no lo tenemos. Y al decir campo, no nos referimos únicamente al rectángulo que al fútbol requiere, sino a todo aquello que nuestras gentes precisan para la formación de su cuerpo, el desarrollo de su músculo y para un digno solaz en nuestras horas de asueto. Nosotros lo pedimos y el turismo hoy nos rubrica con firmes caracteres esta misma demanda. No tenemos ni un simple campo de tenis, o sea que todavía no hemos logrado escribir ni la primera letra del abecedario turístico. Nuestra desgana es tanta, que ni tan solo hemos sabido copiar lo que al respecto se hizo en lugares de menos monta.

Y aquí termina nuestro examen de hoy, con idéntica tristeza a la que ya fué su característica en nuestros cinco anteriores. La verdad es que en turismo nos hallamos tan ocupados en facturar y vender, que ni tiempo ni dinero nos queda para descargar un poco nuestra conciencia del gran peso que la agobia.

Triste resulta para nosotros escribir todas estas cosas que venimos consignando, pero es que tampoco es dudosa nuestra opción entre la incomodidad que supone sacar punta a las verdades, de la complicidad que es presumible en cierta clase de silencios.

Conste que todo ello responde única y exclusivamente a una sola idea: La que, al comprobar que en turismo estamos jugando todavía con fuego, ver si podemos evitar la responsabilidad que ante la historia sería el tolerar que a la ciudad se le quemaran las alas.